

David Hernández de la Fuente, *Prolegómenos a una ciencia de la antigüedad*, Madrid, Síntesis, 2023, 189pp.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ha.XLVIII.2024.141-145>

La obra que aquí se reseña pertenece a la fecunda colección de la editorial Síntesis que lleva por nombre *Temas de Historia Antigua*. Su autor es David Hernández de la Fuente, prestigioso catedrático de filología griega en la UCM, y con anterioridad profesor e investigador en varias universidades nacionales e internacionales, traductor de textos griegos y latinos además de ensayista, tiene a sus espaldas una prolífica producción científica de gran impacto en el ámbito de la investigación y desempeña un papel activo en la divulgación de la Antigüedad Clásica, especialmente de Grecia. Es, además, coordinador de la mencionada colección.

Este es un libro relativamente corto, extremadamente ligero y claro, que ve la luz con la reconocida vocación de servir tanto a especialistas como, sobre todo, a estudiantes, de manual o vademecum al que recurrir para sumergirse en las siempre tortuosas aguas de la Antigüedad. En él tiene cabida la génesis y desarrollo de eso que llamamos Ciencias del Mundo Antiguo o de la Antigüedad (con especial énfasis en el ámbito grecolatino). Por otro lado, el grueso del texto traza un retrato historiográfico del tratamiento que ha llevado a cabo la tradición occidental a este respecto, prestando especial atención al arco temporal comprendido entre la Ilustración y las tendencias historiográficas y metodológicas del presente. Se trata de una obra que refleja el carácter poliédrico y multidisciplinar de este amplísimo campo de conocimiento.

La estructura elegida establece una división en seis capítulos, sin contabilizar el introductorio, a los que hay que añadir un breve epílogo, una recopilación de textos selectos y el preceptivo apartado bibliográfico. Cada capítulo consta de un apartado introductorio seguido de otros que desarrollan el contenido en cuestión.

El primer capítulo se encarga de establecer una panorámica general del pensamiento historiográfico grecorromano, al recurrir a los propios autores antiguos, abarcando el surgimiento de la historia y su evolución

conceptual y metodológica a partir de Heródoto, todavía influido por el *μῦθος*. La narración se ve enriquecida por la profundización en conceptos griegos esenciales, implicados en la relación -cuando no imbricación- de la filosofía con la historia, y de esta última igualmente con la retórica o la poesía. Se reflexiona también acerca del papel conferido a la memoria. En definitiva, el autor, siguiendo un criterio cronológico, comenta los distintos enfoques de los principales autores griegos y romanos hasta Agustín de Hipona y los padres de la iglesia, resaltando, en particular, las aportaciones al género histórico del mencionado Heródoto, pero también de Tucídides, Polibio, Tito Livio, Tácito o Plutarco, creador este último de la biografía histórica.

El segundo capítulo aborda la gestación de la filología clásica como tronco primigenio del cual se irán desgajando, posteriormente, la historia antigua como disciplina autónoma y diferentes ciencias “auxiliares”. Ciencia, se insiste, cuyo método crítico servirá de base para el futuro despegue de la historia antigua. En primer lugar se realiza una síntesis histórica de la filología ya desde la propia Antigüedad, así como la recuperación y reinterpretación de textos clásicos durante el Imperio Bizantino, el Renacimiento o el Barroco. Mayor desarrollo merece el tratamiento de las bases estéticas e ideológicas que acompañan a este surgimiento de la filología clásica como ciencia moderna, para luego pasar a comentar algunos de los hitos y grandes nombres implicados en este proceso, que arranca en el siglo XVIII al calor de la nueva forma de entender el mundo que trae consigo la ilustración (piénsese en el paradigmático neoclasicismo de Winckelmann) y del progresivo afianzamiento de la toma de conciencia nacional experimentada por los países europeos. En este sentido, Alemania recibe especial atención, ya que se convierte en el epicentro del nuevo acercamiento a la Antigüedad, y el mejor ejemplo de reinterpretación del pasado al servicio del presente, líneas que serán seguidas, por ejemplo, por Wolf y, posteriormente por Wilamovitz y tantos otros.

El siguiente capítulo explica con pelos y señales las ramificaciones que brotan a partir de ese tronco primigenio que apuntábamos, y ahonda en la creciente especialización de los estudios sobre la Antigüedad durante el XIX, con la irrupción de la arqueología, aunque también de la diplomática moderna, la epigrafía o la papirología. Especialmente destacable resulta, junto con la consabida entronización histórica de los estados-nación el discurso acerca del imperialismo europeo, fenómeno

histórico que impulsa sobremanera los estudios que el autor denomina “la otra Antigüedad”, en referencia al Antiguo Egipto y a Próximo Oriente.

El cuarto capítulo estudia las alteraciones producidas en las Ciencias de la Antigüedad en el tránsito del siglo XIX al XX. Una época finisecular marcada por grandes cambios sociales y en el pensamiento, que trastocarán los estudios del Mundo Antiguo para siempre. Así, el autor coloca el foco en la influencia ejercida por Freud y Jung, Nietzsche o incluso Darwin, entre otros nombres insignes como Marx o Weber. Las nuevas visiones de esta pléyade de grandes pensadores condicionan la mirada al pasado tradicional y confieren al mito una importancia extraordinaria, como sucede con el psicoanálisis. En un contexto de crisis del positivismo y de la estética neoclásica D. Hernández de la Fuente atribuye a tales autores “un nuevo comienzo”, momento en que se buscan alternativas al mundo clásico e ideal, reclamando su espacio, por ejemplo, la Grecia arcaica o incluso más remota, o el postergado periodo helenístico. El avance de la sociología y otras ciencias modifica igualmente los patrones de estudio.

Las tendencias historiográficas de los siglos XIX y XX se comentan también en el quinto capítulo. Se profundiza aquí en las características del pensamiento positivista e historicista (con especial énfasis en la producción de Ranke) y en la mentada crisis de las susodichas, en las críticas realizadas con especial vehemencia desde el marxismo y, desde otros puntos de vista, por parte de la fructífera escuela francesa de los *Annales*. En lo referente a las tendencias a partir de la Segunda Guerra Mundial, cabe destacar el tratamiento que el autor lleva a cabo a propósito de una historia centrada cada vez más en los particularismos.

Y es así como llegamos al último de los seis capítulos de esta monografía, el cual constituye una puesta al día de las principales perspectivas actuales, con gran incidencia en el ámbito de los estudios sobre la Antigüedad, y que tantos nuevos enfoques pero también campos de investigación novedosos han traído al ámbito académico y a la esfera pública. En estas páginas se despliega el extenso campo de conocimiento con origen en la teoría crítica postmarxista, que atiende en particular al binomio poder-cultura, y que influye en los estudios postcoloniales, en los de género, en la teoría crítica de la raza, entre otros fértiles terrenos de investigación que permiten proponer nuevas miradas al pasado. Aquí, la descripción y explicación de estos “nuevos” enfoques viene acompañada, por otro lado, de apreciaciones críticas con respecto a ciertas tendencias impugnatorias o cancelatorias de la Antigüedad. En este punto el autor defiende una postura que busca poner en valor la importancia de las

Ciencias de la Antigüedad en nuestro mundo actual y condena la injustificada enmienda a la totalidad de un pasado acusado -se piensa que con cierta dosis de presentismo- de demasiado blanco, patriarcal, o heterosexual.

El epílogo cierra el conjunto con una serie de reflexiones pertinentes del presente y futuro de los estudios y Ciencias de la Antigüedad. Reflexiones acerca del valor y utilidad de nuestras disciplinas para la comprensión de nuestro pasado, del excesivo y en ocasiones innecesario seguidismo que se hace de la escuela anglosajona y especialmente estadounidense, o de la dificultad de acercarse, por lo menos desde el mundo académico, al conocimiento y el interés por la Antigüedad a la sociedad civil. La convicción de que las Ciencias de la Antigüedad “serán globales o no serán” es un claro auspicio, y se erige en una de las ideas centrales que transmite la obra en su conjunto.

Finalmente las páginas 141-183 agrupan una serie de extractos de texto (hasta 18) de especial relevancia para la narración de este *Prolegómenos a una Ciencia de la Antigüedad*, acompañados de las explicaciones correspondientes para la comprensión de las épocas y tendencias que sus autores encarnan y que justifican su lugar preeminente en la historia de un ámbito del conocimiento tan multifacético y rico como el aquí bosquejado. Sin duda, este es uno de los puntos fuertes de este trabajo y de otros pertenecientes a la misma colección.

Llegados a este punto y a modo de valoración, se puede afirmar que esta obra obtiene un resultado redondo, y que además resulta sencilla de leer, tanto por su coherencia estructural como por su deslumbrante nitidez en la exposición de las ideas y períodos escogidos. Su lectura ofrece una visión general pero a la par muy completa de lo que ha representado la evolución de las Ciencias de la Antigüedad, y provee de recursos metodológicos y hermenéuticos, así como de puntos de partida muy diversos para estudiantes interesados en este terreno. Los matices que se le pueden achacar están indisolublemente relacionados con el carácter reducido del libro y con su condición de prolegómenos a una temática tan amplia y multiforme como la tratada. Tal vez se pueda echar en falta un mayor peso específico de la Antigüedad más allá de Grecia y Roma o, en otro orden de cosas, la ausencia total de cualquier elemento gráfico que complementara al texto. Sin embargo, con toda probabilidad estamos ante uno de los manuales de referencia de las nuevas generaciones de historiadores, filólogos clásicos y, en general, estudiantes de disciplinas asociadas. También resultará de sumo interés a expertos y profesionales,

interesados en consultar de manera sintética y sistemática el desarrollo de nuestras disciplinas hasta el presente. Quién sabe si las preguntas suscitadas puedan ayudar a intuir su futuro.

DIEGO TOBAR MUÑOZ
Universidad Complutense de Madrid
dtobar@ucm.es | diegotokairos@gmail.com